

Mt 13:24-43; Sab 12:13, 16-19; Rom 8:26-27 Cruz de la Misericordia

En la parábola, Jesús, como el campesino, siembra la semilla de la Palabra de Dios que produce a los hijos de Dios, como el trigo que trae vida al mundo.

Pero el enemigo Satanás siembra la semilla del pecado, que produce hijos del diablo, como la cizaña que trae la muerte y ahogan la vida del mundo.

Qué sorpresa debieron sentirse los sirvientes cuando el granjero dijo que no. Déjenlas crecer. *No sea que al arrancar la cizaña, arranquen también el trigo* (Mt 13:29). *Dejen que crezcan juntos hasta la cosecha* (Mt 13:30).

Entonces, al final de los tiempos, los ángeles *arrojarán a todos los que hacen pecar a otros y a todos los malvados... al horno de fuego, donde habrá llanto y la desesperación* (Mt 13:41-42).

Sí, el diablo es real. ¡Y sí, hay un infierno!

La Iglesia enseña: *Morir en pecado mortal sin estar arrepentidos ni acoger el amor misericordioso de Dios, significa permanecer separados de Él para siempre por nuestra propia y libre elección...*

*Este estado de autoexclusión definitiva de la comunión con Dios y los bienaventurados es lo que se [llama el] "infierno"* (CIC 1033). ... ¡Separados de Dios para siempre!

Pero ¿por qué esperar? ¿Por qué no arrancar las malas hierbas y destruir a los malvados ahora? Porque Dios, en su misericordia, no quiere *que nadie perezca, sino que todos lleguen al arrepentimiento* (CIC 1037; 2 Pedro 3:9).

Lo vimos en la primera lectura. Dios es paciente y nos perdona nuestros pecados (Sab 12:19). Es un dios de misericordia y compasión, lento para la ira, lleno de amor y verdad (Sal 86:15).

¿No es genial? Dios no se rinde con nosotros. Ninguno de nosotros es perfecto. Cada uno de nosotros tiene tanto trigo como malas hierbas dentro de nosotros.

Así que Dios espera. Porque Dios cree y tiene esperanza en la bondad de cada persona y pacientemente nos da tiempo para cambiar y crecer para mejor... ¡para que la cizaña pueda convertirse en trigo!

Esa es nuestra vocación. Fuimos hechos a Su imagen. Y hemos sido enviados a este mundo para hacer Su voluntad y así dar gloria a Dios.

¿Cómo? Con un corazón semejante al de Dios: un corazón paciente, un corazón que perdona, y sobre todo, un corazón de amor.

Eso significa vivir en el Espíritu de Dios. En la segunda lectura, San Pablo dice: admítelo, somos débiles, cometemos errores y caemos en el pecado.

Pero eso no nos define. El Espíritu de Dios nos capacita y nos da poder para orar y hacer la voluntad de Dios (Rom 8:26-27). ¡Y eso... es la misericordia de Dios!

Eso significa que las malas hierbas en nosotros y las malas hierbas en los pecadores que nos rodean son una oportunidad para convertir las malas hierbas en trigo. ¿Cómo? Por la misericordia de Dios.

¿Cómo superamos el pecado y convertimos las malas hierbas en trigo? No por fuerza de voluntad. Pero por virtud... una virtud que llamamos: *temor al Señor*. Eso significa amar tanto a Dios que no nos atrevemos a hacer nada que pueda ofenderle.

¿Podemos hacerlo? Sí, podemos—¡por el poder de Su misericordia!

Así que invoca Su misericordia: Su cruz de misericordia, por la cual dijo: *padre, perdónalos porque no saben lo que hacen* (Lc 23:34).

Invoca Su misericordia: Su cruz de misericordia, por la cual dijo al ladrón arrepentido: *hoy estarás conmigo en el paraíso* (Lc 23:43).

Y invoca Su misericordia: Su cruz de misericordia en la que contemplamos:

*Cristo Jesús, El cual, siendo de condición divina...se despojó...y se hizo hombre...se humilló a si mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz* (Filip 2:6-8)...

¡para el perdón de nuestros pecados y para nuestra salvación!

Recibe el poder de Su misericordia. Haz que Su misericordia sea tu misericordia. ¡Entonces vamos a probarlo!

Como dijo San Pablo: *No hagan nada por rivalidad o vanagloria; sean, por el contrario, humildes y consideren a los demás superiores a ustedes mismos. Que no busque cada uno su propio interés, sino el de los demás* (Filip 2:3-4).

*Háganlo todo...[como] hijos de Dios sin mancha en medio de una generación mala y perversa, entre la cual deben brillar como antorchas en medio del mundo, manteniendo con firmeza la palabra de vida* (Filip 2:14-16).

Oremos: Señor Jesús, déjame sentir tu misericordia cuando te reciba en la Sagrada Comunión. Déjame sentir tu misericordia cuando perdonas mis pecados.

Y déjame sentir tu misericordia cuando siempre estoy orando, *Señor Jesús, Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.*

Que tu paciencia se convierta en la mía. Que tu compasión se convierta en mi compasión. Y que tu misericordia se convierta en mi misericordia.

Porque la piedra que rechazaron los constructores se ha convertido en mi piedra fundamental para mí (Sal 118:22).

Y qué maravilloso es—que ya no vivo yo, sino que es Cristo Jesús—paciente, amable y perdonador—quien vive en mí (Gál 2:20).